

papalinas de aldeas, ¡por vida mía! ¡tanto peor para los que no pueden destinar cinco céntimos para la alquiladora de sillas!, vieron pasar por delante de sus narices las cestas vacías que los monaguillos conducían á la sacristía, balanceándolas con ademanes incultos.

En la situación fastidiosa de ánimo en que me hallaba, aquella injusticia me molestó. Hermann había vuelto á abrir y cerrar los registros; había escogido las flautas más dulces y los sonidos más suaves para dejar oír «las voces celestes» y llenar la vasta iglesia con un himno de dulzura y de serenidad. Me sentía con el corazón agitado, y entonces tomé esta nota que acabo de encontrar en un cuaderno de apuntes:

«La felicidad se parece al pan bendito de la misa mayor: solamente se reparte un pedacito los domingos y no todos los fieles participan de él.»

UNA CONDESA

POR

ALFONSO DAUDET

Carlos d'Athis, publicista, tiene el honor de participar á V. el nacimiento de su hijo Roberto.

El recién nacido sigue bien.

Todo el París literario y artístico recibió, hace cosa de diez años, esa esquila impresa sobre papel satinado y con el escudo de armas de los condes de Athis-Mons, de los cuales, el último, Carlos de Athis, había sabido, muy joven aún, conquistarse un nombre de poeta.

«...El recién nacido sigue bien.»

¿Y la madre? ¡Oh! De ella no hablaba la esquila. Todo el mundo la conocía demasiado. Era hija de un antiguo cazador furtivo de Sena y Oise, una antigua modelo que se llamaba Irma Sallé, y cuyo retrato había rodado por todas las Exposiciones, como el original había rodado por todos los estudios. Su frente pequeña, su labio levantado á la antigua, aquella cara de campesina—una guardadora de pavos con facciones griegas—aquel color, un poco tomado, de las muchachas que se crían al aire libre, que da á los cabellos rubios reflejos de seda pálida, daban á aquella chiquilla una especie de originalidad bravia, completada por dos ojos de un color verde magnífico, medio escondidos entre las espesas cejas.

Una noche, después de un baile

en la Opera, Athis se la llevó á cenar, y desde hacía dos años seguía la cena. Pero aun cuando Irma había entrado por completo en la vida del poeta, aquella esquila de dar parte, insolente y aristocrática, demostraba claramente lo poco que en ella significaba.

Y, en efecto, en aquel hogar provisional la mujer no era más que una ama de llaves, que regentaba la casa del aristócrata poeta, con el cuidado de su doble naturaleza de campesina y de cortesana, esforzándose á cualquier costa por hacerse indispensable. Demasiado rústica y demasiado tonta para comprender nada del genio de Athis, aquellos versos magníficos, refinados y de buen tono que hacían de él una especie de Tennyson parisiense, había sabido, sin embargo,

plegarse á todos sus desdenes, á todas sus exigencias, como si en el fondo de aquella naturaleza vulgar hubiera quedado un poco de la admiración humillada de la plebeya hacia el aristócrata, de la vasalla hacia el soberano. El nacimiento del niño no hizo más que aumentar su nulidad en la casa.

Cuando la condesa de Athis-Mons, la madre del poeta, mujer distinguidísima de la mejor sociedad, supo que tenía un nietecito, un vizconde pequeñín, debidamente reconocido por el autor de sus días, tuvo deseos de verle y abrazarle. Cierto que para una antigua dama de la reina María Amelia era muy duro pensar que el heredero de aquel título tenía una madre semejante; pero ateniéndose á la fórmula de las esquelas de dar parte, la

anciana se olvidó de que tal mujer existía. Escogió para poder ver al niño una nodriza, á cuya casa iba cuando estaba segura de no encontrar á nadie; lo admiró, lo mimó, lo adoptó de corazón é hizo de él su ídolo, ese último amor de las abuelas, que les sirve de pretexto para vivir unos cuantos años más con el fin de ver crecer á sus nietos...

Luego, cuando el vizconde fué un poco mayor y volvió á vivir con su padre y con su madre, como la condesa no podía renunciar á verlo, se hizo un convenio: cuando la abuela tiraba de la campanilla, Irma se escondía silenciosamente, humildemente, ó bien llevaban al niño á casa de su abuela; y mimado por aquellas dos madres, quería á la una tanto como á la otra, admirándose de percibir en las caricias

cierta voluntad de exclusión, de acaparamiento.

Athis, entregado por completo á sus versos, á su fama creciente, se contentaba con adorar á su Roberto, con hablar de él á todo el mundo, y con imaginar que el niño era sólo suyo. La ilusión no duró mucho.

—Quisiera verte casado... — le dijo un día su madre.

—Sí... pero el niño...

—No tengas cuidado. He descubierto para ti una joven noble, pobre, que te adora. He hecho que conozca á Roberto, y ya son amigos antiguos. Además, el primer año tendré yo al niño conmigo, y después ya veremos.

—¿Y esa... esa mujer?—se atrevió á decir el poeta ruborizándose un poco, porque era la primera vez

que hablaba de Irma delante de su madre.

—¡Bah!—respondió la anciana —le daremos una buena dote, y estoy segura que encontrará con quien casarse. Los burgueses de París no son supersticiosos.

Aquella misma noche, Athis, que no había estado nunca muy enamorado de su querida, le habló de aquellos arreglos, y la encontró, como siempre, sumisa y obediente. Pero al otro día, cuando volvió á su casa, la madre y el niño se habían marchado. Acabaron por encontrarlos en casa del padre de Irma, en una horrible cabaña, en el bosque de Rambouillet; y cuando el poeta llegó, su hijo, su heredero, vestido de terciopelo y encaje, en las rodillas del viejo cazador, jugaba con su pipa, corría detrás de las

gallinas, satisfecho de hacer volar sus rizos rubios al aire libre.

Athis, aunque muy conmovido, quiso fingir que se reía, y trató de llevarse á los fugitivos. Pero Irma lo entendió de otra manera. La echaban de la casa, y ella se llevaba á su hijo. ¿Había algo más natural?... Fué menester nada menos que la promesa del poeta de que no se casaría, para que se decidiera á irse con él, y así y todo impuso condiciones. Habían olvidado demasiado que era ella la madre de Roberto. Ocultarse siempre, desaparecer cuando la condesa llamaba, aquella vida no era posible. El niño había crecido demasiado ya, para que se le expusiera á esas humillaciones delante de él. Se convino en que, puesto que la condesa no quería encontrarse con la querida de su

hijo, no iría á casa de ésta, y le llevarían el niño todos los días á la suya.

Entonces empezó para la abuela un verdadero suplicio. Todos los días había pretextos para no mandarle el niño. Roberto tenía tos, hacía frío, llovía. Otras veces era el paseo, la equitación, la gimnasia. Ya no veía casi á su nieto la pobre anciana. Al principio quiso quejarse á Athis; pero sólo las mujeres conocen el secreto de sus guerrillas. Sus ardides se ocultan como los puntos escondidos que sujetan los volantes y los encajes de sus vestidos. El poeta no era capaz de ver nada, y la pobre abuela pasaba la vida esperando la visita de su nieto, esperando en la calle cuando salía con un criado, y con sus besos furtivos, sus miradas presurosas, aumentaba su

cariño maternal sin poder nunca verlo satisfecho.

Entre tanto, Irma Sallé—siempre con ayuda del niño—iba ganando terreno en el corazón del padre. Ahora estaba al frente de la casa, recibía, daba reuniones, se instalaba como mujer que no piensa en marcharse. Cuidaba, sin embargo, de decir de cuando en cuando delante de su padre: ¿Te acuerdas de las gallinas del abuelo? ¿Quieres que vayamos á verlas? Y con esa eterna amenaza de marcharse preparaba la instalación definitiva del matrimonio.

¡ Necesitó cinco años para hacerse condesa; pero al fin lo fué... Un día el poeta fué temblando á anunciar á su madre que estaba decidido á casarse con su querida; y la pobre señora, en lugar de indignarse,

acogió aquella calamidad como una dicha, sin ver más que una cosa en la boda: la posibilidad de ir á casa de su hijo y de amar libremente á Roberto. El hecho es que la verdadera luna de miel fué para la abuela. Athis, después de su calaverada, quiso alejarse un poco tiempo de París. Encontrábase á disgusto; como el chiquillo, colgado á las faldas de su madre, mandaba en todos, fueron á pasar una temporada al pueblo de Irma, al lado de las gallinas del tío Sallé. Era aquella la cosa más curiosa, más disparatada que se puede imaginar. La condesa y el cazador se encontraban todas las noches á la hora de acostar al niño. El viejo cazador con su pedacillo de pipa ennegrecida en la boca, la anciana dama de la corte con sus cabellos empolvados y su respeta-

ble aspecto de gran señora, contemplaban juntos á aquel niño hermoso que se tiraba á sus pies en las alfombras, y que tanto admiraban uno y otro. Una le llevaba de París todos los juguetes nuevos, los más bonitos, los más caros; el otro le hacía pitos magníficos con pedazos de caña, y, ¡caramba! el heredero dudaba qué preferir.

En resumen: entre todos aquellos seres agrupados como á la fuerza alrededor de una cuna, el único verdaderamente desgraciado era Carlos de Athis. Su aspiración elegante y de buen tono se resentía de aquella vida en medio del bosque, como esas parisienses delicadas para quienes el cuerpo tiene demasiado aire y demasiada savia. Ya no trabajaba, y lejos de aquel París que tan pronto olvida á los ausentes, sentía

que casi no se acordaban de él... Afortunadamente el niño estaba allí, y cuando el niño sonreía, el padre ya no pensaba ni en sus éxitos de poeta ni en el pasado de Irma Sallé. Y ahora, ¿queréis saber el desenlace de ese drama singular? Pues leed la esquelita con orla de luto que he recibido hace pocos días, y que es como la última hoja de esa aventura parisiense:

Los condes de Athis tienen el pesar de participar á V. la muerte de su hijo Roberto.

¡Infelices! ¿No os parece estar viéndolos á los cuatro, mirándose uno á otro, al lado de aquella cuna vacía?...

FIN